

“Recepción crítica de Wenceslao Fernández Flórez: el canon y la historia de la literatura”

Fidel López Criado
Universidad de La Coruña

Wenceslao Fernández Flórez (1885-1964) es, sin duda, una de las principales figuras literarias de la primera mitad de siglo XX. Periodista accidental desde los quince años, alcanzó la fama como comentarista parlamentario del *ABC*, en su columna “Acotaciones de un oyente”, a través de la cual logró refractar con finísima ironía las principales preocupaciones sociales y políticas del momento. Y dotado de una gran capacidad expresiva, supo trasladar al plano literario toda una serie de tipos, circunstancias, valores y actitudes – personales y colectivas – que le granjearon las simpatías de un amplio y muy leal público lector, convirtiéndose muy pronto en uno de los pocos “clásicos vivos” de su tiempo. Sin embargo, a pesar de su gran popularidad y éxito editorial, cual corresponde a la magnitud y calidad de su obra, Fernández Flórez es hoy uno de los grandes olvidados de nuestras letras.

Cabe preguntarse, pues, a qué se debe ese paso de la gloria al olvido. ¿Qué pudo haber ocurrido para que quien fuese uno de los escritores más populares de toda la primera mitad de siglo XX haya desaparecido casi por completo de nuestra memoria literaria? Desde luego, la respuesta más habitual es que su obra no ha resistido el paso inexorable del tiempo y que el cambio de gustos, junto con la aparición de nuevos escritores y obras de mayor actualidad o inmediatez referencial, desvió la atención del público lector hacia otras latitudes literarias. Y algo hay de cierto en todo ello; pero estas consideraciones, por sí solas, no acaban de explicar el modesto lugar que Fernández Flórez ocupa en las historias de la literatura española.

A este respecto, debemos advertir, como ya lo hiciera en su momento Emilia Pardo Bazán, que si bien la fama del autor fue siempre más obra de lectores que de críticos, su olvido y actual desconocimiento es ciertamente más obra de éstos que de aquellos.¹ Y lo mismo opina Darío Villanueva cuando advierte que “Fernández Flórez es un buen ejemplo del escritor de amplia trayectoria y considerable éxito popular al que no acompañó un parejo interés por parte de la crítica”.² Naturalmente, habría que matizar que ese desinterés procede esencialmente de una crítica canónica, elitista y conservadora, que antepone la inmanencia de la obra y la universalidad de sus temas a su naturaleza histórica como diálogo social, olvidándose de que la literatura no es el texto, sino una actividad lingüística, y que ésta no se realiza en el ámbito de la expresión individual, sino social, por lo que tal comunicación no puede tener lugar en el vacío de la realidad inmanente de la obra, sino que presupone toda una serie de referentes o contextos espacio-temporales significativos que modulan el significado o trascendencia de la lectura y determinan su valor o función ético-estética. Pero ante el dictamen de esta crítica, todo argumento es vano, pues

aun cuando la categoría artística de la obra de un escritor pueda fundamentarse
en condiciones objetivas de su escritura – la literariedad de los formalistas –, lo

¹ Pardo Bazán, Emilia. Reseña de *Ha entrado un ladrón*, en *ABC* (25 de junio, 1920).

² Villanueva, Darío. “Fernández Flórez: de Valle Inclán y el Modernismo a la Posmodernidad”, en *Wenceslao Fernández Flórez (1885-1985)*, edición de César Antonio Molina. La Coruña: Ayuntamiento de La Coruña, 1985; 33.

cierto es que la última palabra al respecto la tiene la respuesta o recepción que de aquella obra se hace. Y por encima de la reacción inmediata y desinteresada de los lectores comunes que cierran con ella el circuito comunicativo abierto por el autor a través de su mensaje que es el texto, la de los críticos posee la llave que da acceso al ámbito privilegiado de la gran literatura.³

Pero, ¿por qué ese desprecio? ¿Cuál es el pecado canónico de nuestro escritor? Las razones son muchas y muy variadas, y entre ellas se encuentran de manera muy destacada la difícil ubicación del autor y la oculta complejidad de su producción literaria.

Así, uno de los primeros problemas que encontramos es que su obra no encuentra fácil acomodo en ninguno de los estilos, escuelas, períodos o movimientos literarios que van desde la Generación del '98 hasta el neorrealismo social de los años 50. Como advierte José Carlos Mainer, Wenceslao Fernández Flórez

manifiesta, por ejemplo, rasgos de regeneracionismo en su acerba disección de la vida española, pero carece de los registros populistas de un Joaquín Costa y antes bien parece próximo al regeneracionismo conservador de los círculos mauristas. Sus primeras novelas tienen una clara progenie modernista, pero cuando aborda el relato de protagonista, el escepticismo corrige el aire neorromántico, confesional y angustioso de este tipo de narraciones. Tampoco responde su talante al optimismo burgués de los alrededores de 1914, que se encarnó en las ficciones moralistas de Pérez de Ayala o en la reflexiva y provocadora prosa doctrinal de Ortega y Gasset.⁴

Y lo cierto es que se trata de un escritor tremendamente escurridizo, ambiguo e incluso contradictorio, no sólo en lo literario, sino también y muy particularmente en el ámbito de la moral y la política.

Sus escritos son agasajo muy apreciado por la mayoría de sus paisanos, que disfrutan viendo como saca a la palestra ideas, circunstancias, personajes e instituciones, normalmente inasequibles para el común de la ciudadanía, que, a pesar de cargos, fueros y honores, no escapan el hostigamiento y el ridículo al que los somete la acerada pluma del autor. Sin embargo, la popularidad como escritor de que gozó este nuevo valedor satírico del pueblo le fue vedada al hombre de carne y hueso en sus relaciones personales. Sara Bolaño le describe como un hombre difícil y tremendamente huraño

que vive aislado del mundo, que no tiene discípulos, no creo que muchos amigos, que odia las tertulias; aunque su trato es cortés y amable y se caracteriza por una fineza y una diplomacia extremas, jamás en su vida privada se advierte en él al humorista o al irónico. Así, pues, no le es en absoluto agradable la convivencia con los humanos, debido a un fuerte sentimiento de rechazo que le domina".⁵

Y es precisamente de este sentimiento de rechazo o insatisfacción con el mundo que le rodea de donde deriva su incontenible afición a ponerlo casi todo y a casi todos en el más absoluto ridículo:

Hay situaciones dentro de su obra que revelan ese inmenso ridículo que él encuentra absolutamente en todos los aspectos de la vida, con un sentimiento de continua frustración. Hasta la muerte resulta ridícula ante sus ojos, Es el

³ *Ibidem*; página 33.

⁴ Mainer, José Carlos, ed. *Volvoreta*. Madrid: Cátedra, 1980; página 13.

⁵ Bolaño, Sara. Wenceslao Fernández Flórez y su obra. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1963.

continuo afán de desvirtuar todos los valores previamente establecidos o dados en nuestra sociedad; algunos de ellos logran sobrevivir la disección a que los somete el novelista-filósofo, pero son pocos y en la mayor parte de las ocasiones los valores que preconiza y que quedan en pie son los sencillos valores de la vida cotidiana.⁶

En este sentido, no cabe duda de que Fernández Flórez procuró mantener una cierta coherencia o consistencia crítica, fiel a su personalísima concepción de la literatura – “La novela es uno de los indicios del malestar humano, de la infelicidad general... Una novela es el escape de una angustia por la válvula de la fantasía”⁷ – y a su radical insatisfacción con el mundo que le rodeaba y que le convirtió en un ser solitario, mercurial y evasivo, “un eterno ausente de tertulias, manifiestos, partidos políticos y revistas literarias”.⁸

Naturalmente, como sugiere el historiador Javier Paniagua, se vivían entonces tiempos de grandes cambios, de grandes y violentas conmociones sociales, momentos de

lucha contra la desigualdad, contra los privilegios de clase o corporativos, de la búsqueda de una cultura de masas, con el deseo de abarcar en un mismo proyecto a toda la humanidad, de comprender otras culturas; de eliminar la barrera entre los sexos, con la igualdad de hombres y mujeres; de proteger la infancia y a los viejos; de luchar contra el dolor y la tortura: Pero no será un camino fácil. Profundas divergencias y enfrentamientos darán lugar a guerras exterminadoras, a humillaciones de pueblos y de comunidades, como si los deseos y la realidad fueran muy divergentes. Regímenes y gobiernos cayeron y nuevas políticas transformaron las realidades sociales. Viejas costumbres familiares se alteraron y el deseo de extender la felicidad en este mundo fue un propósito político y social declarado. En suma, una época de contrastes, con muchos problemas y llena de acontecimientos.⁹

Y Fernández Flórez, que fue “uno de los pocos escritores españoles que percibió de manera clara y precisa los grandes cambios que se estaban viviendo en Europa después de 1918, y [que] dedicó al tema varias novelas de arranque utópico y conclusión más desesperanzada que optimista”, no fue en absoluto ajeno a ese marasmo emocional e ideológico que culminaría en 1936 con una cruenta guerra civil:

Ni siquiera el pragmatismo de la sociedad burguesa de la posguerra se acomodó a sus inquietudes: ganada por las armas la tranquilidad de las conciencias timoratas y la más importante de los bolsillos, le fastidiaba en grado superlativo el gregarismo de las nuevas masas – fútbol, toros... –, la hipocresía de la nueva moralina, la mezquindad de los objetivos generales.¹⁰

No obstante, la circunstancia social no basta para explicar esa tremenda insatisfacción y esa peculiar manera de ver y estar en el mundo que, a pesar del embozo humorístico que siempre aplicó a sus críticas, rebosa de amargura y nihilismo.

⁶ Bolaño, Sara. *Op. cit.*, 52

⁷ Fernández Flórez, Wenceslao. “El humor en la literatura española”, discurso de entrada en la Real Academia Española, 14-5-1945; página 11.

⁸ Mainer, José-Carlos. *Análisis de una insatisfacción*. Madrid: Castalia, 1975.

⁹ Paniagua, Javier. *España: Siglo XX. 1898-1931*. Madrid: Anaya, 1987; página 6.

¹⁰ Mainer, José Carlos, ed. *Volvoreta*. Madrid: Cátedra, 1980; página 13.

Ciertamente, hay en su actitud de *enfant terrible* mucho de pose calculada, muy adecuada a las circunstancias político-sociales que le tocó vivir, y perfectamente rentabilizada por el autor, como se desprende de su tremenda popularidad en las décadas de los años 20 y 30. Pero, también hay en ella mucho de máscara o baluarte psicológico, cuyas primeras causas habrán de buscarse en el contexto de una infancia aciaga que le inicia en el dolor y la renuncia cuando sólo tiene quince años.¹¹ A esta temprana edad, la muerte prematura de su padre y la urgente necesidad de sostener económicamente a su madre y hermanos, le obligan a abandonar sus estudios, dejando atrás también ese despreocupado mundo del niño – tema tabú en sus obras – para atender a las duras obligaciones del adulto.

Estas dolorosas circunstancias, que tan profundamente marcarían su carácter y su cosmovisión literaria, le conducen a su primer puesto de trabajo en *La Mañana*, periódico coruñés que se editaba en la emblemática plaza de María Pita. Luego colaboraría con *El Heraldo de Galicia*, *Diario de La Coruña* y *Tierra Gallega*, llegando a regentar *de facto* la dirección del humilde *Diario Ferrolano* cuando tenía tan sólo dieciocho años, y la dirección del brigantino *La Defensa* en 1906, a los veinte años. Así, en el breve espacio de cinco años, el jovencísimo Fernández Flórez conocería los entresijos de redacciones con muy distintas orientaciones periodísticas y políticas, desde el conservadurismo de *El Heraldo de Galicia*, pasando por el liberalismo de *Tierra Gallega* y el regeneracionismo de *La Defensa* hasta las filas del moderantismo reformista de *El Noroeste*, diario coruñés de simpatías mauristas.

Desde estos periódicos, y con una madurez impropia de sus años, Fernández Flórez levantó su voz para criticar la situación sociopolítica del momento, aunque no siempre de una manera coherente. Así, desde su columna en *La Defensa*, autoproclamado *Diario de las Asociaciones de Agricultores* y cuya misión era velar por los intereses de las clases agrícolas gallegas, defender sus derechos y luchar contra el caciquismo, nuestro joven periodista denuncia la figura del *amo* – “su religión es la religión del aldeano; su política la que hay que ayudar; sus tiranías, las que hay que soportar callados; la mano en que empuña el látigo, la que hay que besar, sombrero en mano” – a la vez que lamenta la sumisión y falta de espíritu revolucionario de los campesinos, a quienes caracteriza de borregos, más dispuestos a emigrar que a enfrentarse al cacique:

Y el labriego, agobiado, no piensa en la protesta, en la lucha; cuando acorralado por el caciquismo, siente el llamar del hambre en su choza, sale de ella y va a unirse a sus compañeros de desventura, a ser uno más en el rebaño de expatriados e ir a buscar en otros países un ambiente menos opresor que no esterilice sus trabajos, que no le devuelva amarguras por sacrificios.¹²

Pero cuatro años más tarde, esa misma vehemencia con que suscribe las simpatías regeneracionistas de *La Defensa* asume tonos mucho más reaccionarios cuando, desde la redacción de *El Noroeste* – un periódico del que, curiosamente, era director y propietario José Lombardero Franco y, a la muerte de éste, José E. Pan de Soraluze, ambos masones liberales – ridiculiza la revolución portuguesa de 1910, “basada en la persecución de frailes y el entretenimiento de vestir a las monjas de criadas”, olvidándose de que las circunstancias socio-económicas y político-religiosas que definían la explotación caciquil y oligárquica del

¹¹ Para una visión más detallada de la vida y la obra del autor, véanse: Fernández Santander, Carlos. *Wenceslao Fernández Flórez (Vida y Obra)*. La Coruña: Diputación Provincial de La Coruña, 1987; y Echeverría, Rosa María. *Wenceslao Fernández Flórez: Su vida y su obra (creación, humor y comunicación)*. La Coruña: Diputación Provincial de La Coruña, 1985. Desafortunadamente, como es habitual en estos casos en que el escritor sobrevive a su propia fama, la mayor parte de los datos biográficos de que disponemos, y que estos trabajos recogen, nos los facilita el propio autor y sufren una distorsión (consciente o inconsciente) que los hacen muy poco fiables.

¹² Fernández Flórez, Wenceslao. “Palique”, en *El Noroeste*, 5 de abril, 1912.

campesinado gallego eran esencialmente las mismas que habían precipitado los acontecimientos revolucionarios en el país vecino.

Esta aparente indeterminación ideológica del joven redactor le permitirán durante un tiempo capear con éxito los vientos huracanados de las pugnas políticas de provincias.¹³ Sin embargo, esa disyuntiva ideológica no duraría mucho tiempo, y al llegar a Madrid en 1914, como comentarista de *El Noroeste*, tras su paso esporádico por las redacciones de *El Parlamentario*, *La Ilustración Española y Americana* y *El Imparcial*, Fernández Flórez termina aceptando las 250 pesetas que le ofrece como salario el monárquico Torcuato Luca de Tena en *ABC*, frente a las 1.000 pesetas que le ofrecía el republicano Miguel Moya en *El Liberal*. A partir de este momento, Fernández Flórez ocupa el lugar que José Martínez Ruiz había dejado en el *ABC* como cronista parlamentario, convirtiendo las exquisitamente templadas “Impresiones parlamentarias” de *Azorín* en las cáusticas “Acotaciones de un oyente” – labor que desempeña en plena sintonía con el credo político conservador del periódico y que viene a deshacer cualquier duda al respecto de su imparcialidad o independencia ideológica.¹⁴

Así, desde 1916, primera ocasión en que Fernández Flórez asiste a una sesión parlamentaria, nuestro escritor acotará todas las facetas de la vida política del país hasta el alzamiento fascista del '36. Son, como sugiere Rodríguez Yordi, comentarios de gran agudeza crítica y estilística:

Una fina percepción de lo caricaturesco, una huida intencional, una prosa tensa y diáfana, son los elementos de aquellas crónicas, que hoy, pese al decurso de los años, se mantienen frescas y fragantes. Escritas como notas marginales de la vida española de los partidos, de los sistemas, de cuanto componía el conjunto de la política de su tiempo.¹⁵

Su ironía, revestida siempre de humorismo, corta por la cruz todas las ramas del árbol de la política parlamentaria y su ascenso a la popularidad es meteórico – incluso Alfonso XIII se interesa por sus opiniones. Así, en los años veinte, Fernández Flórez es ya “el comentarista político más leído, el costumbrista mordaz, el amigo de generales (sabemos de una cena íntima con sus coterráneos Franco y Sanjurjo), pero también el amigo de insospechados políticos (como Indalecio Prieto).¹⁶

¹³ En realidad, esa aparente ambivalencia, que aflora por igual en sus actitudes personales y en una gran parte de su producción literaria y que, a primera vista, pareciera apuntar hacia la incapacidad de Wenceslao para distinguir entre lo que, en verdad, eran opciones políticas muy distintas – especialmente en esos momentos que van de las elecciones generales de diputados a Cortes en 1905 a la actuación de las Juntas de Defensa Militares y la Asamblea de Parlamentarios de 1917 –, no es producto de la ambivalencia, ni de una memoria convenientemente olvidadiza. Y tampoco se trata de un cinismo descaradamente oportunista – aunque más adelante hablaremos de posibles coincidencias con la filosofía de Antístenes –, sino que entraña una pose o actitud deliberadamente ambigua, espuma de superficie bajo la cual se oculta el solipsismo epatante de un inadaptado, condenado a la insatisfacción y en pugna perpetua con un mundo mal hecho y en el que no acaba de encontrar fácil acomodo.

¹⁴ Como sugiere Rosa María Echevarría Pazos, *op. cit.*, su incorporación al *ABC* “contribuye a su definitivo asentamiento profesional, ya que desde el primer momento su trabajo se plantea en términos de una total identificación con la empresa. Tan sólo basta observar que este contrato permaneció vigente a lo largo de cuarenta y ocho años, hasta la muerte de Fernández Flórez” (13). En realidad, esa aparente ambivalencia, que aflora por igual en sus actitudes personales y en una gran parte de su producción literaria no es producto de la indeterminación, ni tampoco se trata de un cinismo descaradamente oportunista, aunque más adelante hablaremos de posibles coincidencias con la filosofía de Antístenes, sino que entraña una pose o actitud cultivadamente ambigua, una máscara o égida bajo la cual se oculta y ampara el solipsismo epatante de un inadaptado, condenado a la insatisfacción y en pugna perpetua con un mundo mal hecho, en el que no acaba de encontrar fácil acomodo en ninguna de sus materializaciones sociopolíticas.

¹⁵ Rodríguez Yordi, Julio. “Wenceslao Fernández Flórez”, *Boletín de la Real Academia Gallega. La Coruña, mayo de 1964*; página 114.

¹⁶ Mainer, José-Carlos. *Análisis de una insatisfacción*. Madrid: Castalia, 1975; página 32. Ya en su vejez y en plena posguerra civil, cuando pasadas incoherencias políticas o religiosas eran motivo de revisión o represalias, las credenciales

Nada ni nadie parece escapar al azote de sus críticas que, amparadas por el fuero de independencia que siempre reclamó para su pluma,¹⁷ revelan una problemática psicológica que se manifiesta en una marcada inadecuación social:

En la sección “Acotaciones de un oyente”, Fernández Flórez describe y descubre a toda una serie de personajes históricos dominados por sus grandezas y sus miserias, sus heroísmos y sus debilidades. La escena política se convierte así en un patético cuadro que recuerda la impresión onírica y moralista de los sueños dominados por el subconsciente mordaz y risueño de un Bosco, elaborado con las pinceladas de una humanísima ternura o con el implacable desafío de la más rigurosa crítica.¹⁸

Así, progresivamente, nuestro escritor irá desarrollando un estilo y una visión de la vida, mezcla de desprecio y resignación estoica, que se materializará en esa imagen del *dandy*¹⁹, entre bohemio y aristócrata, que tan asiduamente cultivó y que tan bien recoge González Ruano al decir de él:

El señorito Wenceslao, gran escritor académico, uno de los cronistas más populares y mejor pagados de España e islas adyacentes, no está nunca tampoco ni contento ni descontento, rehuye las conversaciones sobre temas profesionales... No va a ninguna tertulia ni se le conoce amigo que sea más amigo que otro. Tiene aire de veraneante monárquico en San Sebastián, con algo también de capitán de paisano. Es el relimpio de su generación, el que siempre acaba de frotarse las uñas con un cepillo duro. Es el escritor en cuyo auto nunca hubo barro en los días de lluvia.²⁰

Así, en medio de la creciente necesidad que sentía el público lector por saber y conocer mejor el mundillo de la gran política, Fernández Flórez se convierte en uno de los periodistas más leídos de todo el país – predicamento que acompañó paralelamente a su labor literaria, particularmente

políticas de Wenceslao Fernández Flórez como escritor adicto al Régimen estaban avaladas principalmente por su trabajo con Prensa Española, su amistad personal con algunas figuras destacadas del Movimiento, entre las que se encontraba el propio general Franco, y algunas novelas como *Una isla en el Mar Rojo* y *La novela número 13* – auténticos exvotos panfletarios en contra de la República – que ya no dejaban margen de duda al respecto del posicionamiento político del autor. Sin embargo, la mayoría de sus novelas todavía seguían necesitando la intercesión del lápiz rojo de la censura para reeditarse; y muchas de sus actitudes y opiniones personales al respecto de la ley, la moral y el decoro, vertidas públicamente a la prensa española y extranjera a lo largo y ancho de veintidós años, continuaban siendo un grave obstáculo para la plena integración del autor en aquella España grande y libre que soñaba José Antonio.

¹⁷ Esa “imparcialidad política” de Fernández Flórez que según Carlos Fernández Santander (*op. cit.*) subyace en la “independencia” de su pensamiento frente a las exigencias ideológicas de la redacción del *ABC*, pudiera no serlo tanto si tenemos en cuenta el nihilismo que encierra ese sarcasmo e ironía con que arremete contra todo y contra todos y que, tanto en el fondo como en la forma de su desencanto, serían exactamente las mismas armas que utilizarían los movimientos fascistas contra las democracias burguesas de la primera mitad del siglo XX.

¹⁸ Echevarría Pazos, *op. cit.*, página 13. No me parece en absoluto desacertada la comparación de la sensibilidad de Fernández Flórez con la de Hieronymus Bosch (el Bosco), particularmente si comparamos *El secreto de Barba Azul*, *Las siete columnas*, *Relato inmoral* o *El malvado Carabel*, entre otras, con *Las bodas de Caná*, *Los siete pecados capitales*, *Las tentaciones de San Antonio* o *El jardín de las delicias*, por ejemplo, en lo que todas ellas tienen de preocupación por la inclinación del hombre hacia el pecado y la consecuencia fatal del instinto humano que desemboca en la condena a la insatisfacción eterna de las almas perdidas en el infierno de sus represiones sexuales.

¹⁹ El *dandysmo* es una especie de culto a uno mismo que, no con poca frecuencia, deriva de una búsqueda fallida de la felicidad en el mundo exterior – frustración de la libido objetivada en la mujer – y que se proyecta en un querer atraer repeliendo, con dosis equivalentes de corrosivo y disolución, sarcasmo y ternura.

²⁰ González Ruano, Cesar. “Wenceslao Fernández Flórez”, en *Siluetas de escritores contemporáneos*. Madrid: Anaya, 1949, 140-41.

en la novela corta y el cuento.²¹ Y por extraño que parezca, esa popularidad y gran éxito editorial es posiblemente lo que más ha perjudicado su acceso al ámbito privilegiado de la gran literatura.

Para los defensores de la ley, la moral y el decoro en que se sustentaba el orden restauracionista burgués, como para cierta sensibilidad actual, lo popular – en su sentido etimológico más fiel – es sinónimo de chusma, y ésta, a su vez, lo es de mal gusto. Así lo reconoce Sara Bolaño cuando dice:

El burócrata, el empleado, el cuenta correntista lee a Fernández Flórez pensando que no es tan “chistoso” como Jardiel Poncela, se ríen con sus libros y nada más. De ahí que Torrente Ballester, sin conocerlo a fondo, teniéndole una profunda antipatía personal se atreva a decir de él: “Fernández Flórez es el novelista del pequeño burgués escaso de apetencias literarias y parco en exigencias”. Este hecho le restó prestigio entre los lectores serios que, aún sin conocerle, se lo imaginaron “un periodista con chispa”.²²

Lamentablemente, este tipo de opiniones son más el resultado de rencillas, envidias o antipatías personales que de criterios estrictamente literarios, pero aún hoy podemos encontrar con demasiada facilidad quienes, sin haber leído ninguna de las obras de Fernández Flórez, afirman que no les gustan, porque han oído (aunque esto último no lo confiesen) que carecen de la altura de vuelo de las obras de otros grandes escritores (que quizás tampoco hayan leído). Pero, afortunadamente para la recuperación crítica de nuestro autor, no todos los estudiosos y críticos literarios que sí le han leído opinan de igual manera.

Correspondientemente, la valoración crítica de sus contemporáneos, que es la que más se identifica con la sensibilidad e inquietudes del autor y del público lector entre 1914 y 1936 – período que abarca la mejor y mayor parte de su narrativa –, es sumamente positiva. Así, por ejemplo, Antonio de la Villa le considera “uno de los pocos prestigios literarios con cédula y solvencia”, y Ramón Fernández Mato le declara “uno de los más firmes temperamentos de la literatura española actual... penetrante e impávido ingenio”. Asimismo, Mariano Zurita le declara “Rey del humorismo”, y F. González Rigabert insiste en el matiz: “es el gran humorista... el más grande, el más legítimo de los humoristas”. Y mientras Manuel Domingo dice de él que es “uno de esos hombres a los que tanto debe el progreso periodístico en España”, Arturo Álvarez lo presenta como “modelo, a quienes piensen conquistarse un nombre en la profesión de las letras”. De igual manera, Andrenio reconoce en él al novelista nato, “dotado de gran plasticidad descriptiva, de suelto y jugoso estilo, de gusto fino”, y Antonio Gullón afirma, con errado tino en el pronóstico, que se trata de “uno de los más grandes ingenios de la época actual y su nombre figurará en las antologías a la cabeza de los primeros”.

Y aún podríamos seguir citando a Nicolás González Ruiz, E. Giménez Caballero, S. L. Rivadulla, Prados, Siger de Brabante, Luis Villardefrancos Cale, Hesperia, M. R. Blanco Belmonte, Arturo Benet, Josur, Carlos de Válgoma, Adolfo Lizón, Jucarolo, R. J. Silva, Mariano Daranas, Rafael Narbona y tantísimas otras voces como, dentro y fuera de España, en revistas y periódicos tan distintos como *El imparcial*, *El Correo*, *El Liberal*, *Publicidad*, *La Época*, *El Universal*, *el ABC*, *El Noroeste*, *Mundo Gráfico*, *La Nación*, *El Debate*, *El Sol*, *El Defensor*, *Correo de Galicia*, *La Voz de Cantabria*, *Heraldo de Almería*, *Galicia en Madrid*, *La correspondencia*, *La Voz de Galicia*, *Actualidad*

²¹ Como sugiere José-Carlos Mainer (*Análisis de una insatisfacción*. Madrid: Castalia, 1975; página 26), en el ámbito de la novela corta y el cuento, Fernández Flórez “destacó poderosamente hasta el extremo de que Sainz de Robles considera que en 1925 nuestro escritor, junto con Insúa, Pedro Mata y Hoyos y Vinent, ostentaba la discutida primacía de la popularidad”.

²² Bolaño, Sara. *Op. cit.*, 54. El texto citado pertenece a Gonzalo Torrente Ballester, en su *Panorama de la literatura española contemporánea*. Madrid: Guadarrama, 1961; 274.

Hispana, Solidaridad Nacional y un largo etcétera, se alzaron en alabanza de la obra de Fernández Flórez.

Y tampoco habría que olvidar las opiniones de aquellos otros estudiosos más contemporáneos nuestros, como S. Bolaño, C. Fernández Santander, R. Echevarría Pazos, P. de Llano (Bocelo), F. López, J. C. Mainer, C. A. Molina, M. P. Palomo, S. Sáenz Villanueva, D. Villanueva Prieto o F. Díaz Plaja – por citar sólo algunas de las voces críticas más autorizadas – que, desde ópticas muy distintas, coinciden en destacar la importancia literaria de Fernández Flórez, situándole entre los mejores escritores españoles de la primera mitad de siglo XX. Y aún cabría apostillar que fue uno de los pocos que gozaron de gran predicamento fuera de nuestras fronteras, traduciéndose sus obras al inglés, holandés, portugués, italiano, rumano e incluso al japonés.

Claro está que Wenceslao Fernández Flórez no es un Gilbert Chesterton ni un Anatole France. Y tampoco puede decirse que sea un Thomas Mann o un Herman Hesse, ni un Gabriele D'Annunzio. Es evidente que el escepticismo satírico de *El secreto de Barba azul* no tiene la misma dimensión crítica que la fantasía política de *El Napoleón de Notting Hill*, donde Chesterton refleja su disgusto con un mundo industrial moderno. Ni el humorismo detectivesco del afable Padre Brown en *El hombre que fue jueves* se parece mucho al de Charles Ring en *Los trabajos del Detective Ring*. Y tampoco se va a dar en la conciencia social de Fernández Flórez un *affaire Dreyfus* que despierte en él la convicción de una causa y unos valores políticos similares a los que informan la *Historia contemporánea* del francés.

Por otro lado, sus novelas más críticas con las exigencias de la condición humana, como *Las siete columnas* o *El malvado Caravel* no alcanzan la trascendencia filosófica y social de Mann, en obras tan incisivas como *Buddenbrook*, traducida a multitud de idiomas, o *La muerte en Venecia*, que inspiró la película de Luchino Visconti, y la ópera de Benjamín Britten, o *La montaña mágica*, quizás su obra más famosa y una de las novelas más excepcionales del siglo XX. Y tampoco su viaje al subconsciente humano, en *Visiones de neurastenia*, ni su tratamiento de la libido y las pasiones, en *Relato inmoral*, alcanzan la complejidad psicológico-simbólica de los personajes de Hesse en *Demian*, *El lobo estepario* o *Viaje al Este*. De igual manera, el decadentismo de D'Annunzio en *El Triunfo de la muerte* y el sensualismo sin complejos de *Francesca da Rimini* o *El fuego*, en las cuales se recuperan los ambientes de *Canto nuovo* – un volumen de poemas acerca de los ambientes libertinos romanos y los goces que ofrece la vida –, superan en sensualidad y grandeza erótica a *Unos pasos de mujer*, *La casa de la lluvia* o *Relato inmoral*.

Incluso podríamos aceptar, no sin ciertos reparos, que si bien la novelística de Fernández Flórez no tiene la misma ambición de vuelo imaginario, ni la misma universalidad temática que la de estos escritores – en parte por que no la busca, claro está –, tampoco es el legado histórico, económico y político-social de la Reina Victoria el mismo que el de Alfonso XII, ni la Tercera República francesa es la Restauración española, ni la agudeza diplomática de la *realpolitik* de Otto von Bismarck tiene nada que ver con el pacato Pacto de El Pardo. De ahí que exista entre las obras de estos grandes escritores la misma distancia y proporción histórico-literaria que existe entre sus respectivas culturas. Pero aún así, cada uno en su sitio, no creo que molestase a nuestro autor el que se le comparase con los mejores escritores de Europa, ni su obra desmerece significativamente en esa comparación.

En este sentido, cabe señalar en justicia que el matiz diferencial no impide observar muchas coincidencias importantes. Así, por ejemplo, Fernández Flórez demuestra la misma convulsa evolución ideológica – síntoma, quizás, del nuevo *mal du siècle* –, la misma propensión polémica y el mismo estilo brillante, vigoroso y agudo de Chesterton; y comparte con Anatole France la misma maestría en el uso del lenguaje y la misma veta satírica con que el francés denuncia los abusos sociales, políticos y económicos de su tiempo. Similarmente, las novelas de Fernández Flórez, como las de Mann, están imbuidas por la misma atención a los detalles de la

vida moderna y la misma intención crítica, asumida desde un punto de vista distanciado e irónico, en la que subyace un fuerte sentido trágico de la vida. Y como el autodidacta Hesse, en cuya obra podemos observar ese poso de irracionalismo místico que es el resultado de la desesperanza y la desilusión que le produjeron la guerra y una serie de desgracias personales, también encontramos en la narrativa del español la misma insatisfacción y búsqueda de lo utópico que inspira en casi todos sus personajes un sentimiento de alienación y una radical displicencia con un mundo mal hecho.

En efecto, podríamos afirmar que, por encima de cualquier diferencia de contexto, existe entre las obras de estos escritores un común denominador ético-estético, que es ese singular acierto con que cada uno de ellos recoge las facetas más significativas de esa sociedad europea de entreguerras (1914-1936) a la que se remiten literariamente. Y en esto estriba precisamente el gran acierto de Fernández Flórez al reflejar en sus obras esa ruptura social, política y económica que se abre con los sucesos de la Semana Trágica en 1909 y que culmina con la insurrección militar en 1936. La “ley del candado” de 1910, el asesinato de Canalejas en 1912, la Primera Guerra Mundial en 1914, la Huelga General de 1917, el Desastre de Annual en 1921, el golpe de estado de Primo de Rivera en 1923, la Clausura de las Universidades en 1929 y las elecciones municipales de 1931 que desembocan en la abdicación de Alfonso XIII y la proclamación de la II República son algunos de los referentes más significativos de esa crisis vivida literariamente.

Como advierte José Carlos Mainer, sus personajes se desenvuelven en un mundo de ficción hecho a imagen y semejanza del de su autor, un mundo atrapado en el marasmo de una insatisfacción y en el que se siente la quiebra de valores, la inadaptación de las bases morales del capitalismo oligárquico decimonónico a las nuevas exigencias de un capitalismo reformista moderno. De ahí la amarga crítica del autor en muchas de sus obras: la crisis de identidad del protagonista en *La tristeza de la paz* (1910), el cuestionamiento de los valores tradicionales en *La procesión de los días* (1914), la visión de una existencia totalmente degradada de las clases trabajadoras en *La familia Gomar* (1915), el antimilitarismo que nace de la sangría bélica en Marruecos y después en Europa con la guerra del '14 relegada en *Al calor de la hoguera* (1916), el escepticismo relativista y la quiebra moral que imbuje el espíritu de la época y que sirve de sustento temático-argumental en *El secreto de Barba Azul* (1923), *Las siete columnas* (1926), *Relato inmoral* (1927), *Los que no fuimos a la guerra* (1930) o *El malvado Caravel* (1931) – respuestas literarias todas ellas que, en el éxito de su recepción, también son buenos ejemplos de la sintonía circunstancial establecida entre el autor y sus lectores.

Asimismo, ya en el plano estético de la creación, su narrativa arroja una expresividad lingüística y una riqueza imaginaria sólo comparables con su habilidad para crear o sugerir ambientes, momentos, sensaciones y personajes de gran complejidad psicológica, ya familiares o próximos al estereotipo, ya irreconocibles por la deformación esperpéntica del humor y la ironía. Y su labor en el campo del relato breve o novela corta – muy en boga por aquel entonces entre las clases medias profesionales e industriales, así como entre una parte del proletariado ya alfabetizado – es particularmente importante. Así, podríamos encuadrar a Wenceslao perfectamente como partícipe (siempre por libre) en el quehacer literario de la promoción de “El Cuento Semanal”, lo que nos daría las coordenadas socio-psicológicas de ese público lector, herederos del “folletón”, al que se dirigían las colecciones de relato breve como *El Cuento Semanal*, *Los Contemporáneos*, *La Novela Corta*, *La Novela Semanal*, *La Novela de Hoy* y *La Novela Mundial*.

Por otro lado, atendiendo a su difusión e impacto en el ámbito de lo social, su obra podría considerarse junto a la de una generación de intelectuales – historiadores, políticos, científicos, ensayistas y escritores, como Gabriel Miró, Ramón Pérez de Ayala, Manuel Azaña, Juan Ramón Jiménez, Eugenio D’Ors, Américo Castro, Salvador de Madariaga, Gregorio Marañón o Gómez de la Serna, por citar sólo algunos de los más próximos en edad – que, desde distintas ópticas y sensibilidades, dan continuidad al espíritu crítico de la Generación del '98 y proporcionan a la

cultura española una notable altura. Sin embargo, esta coincidencia generacional no es más que eso, una coincidencia, y por encima de cualquier parecido, está una vivencia, un estilo y una manera de entender el mundo, que dan a la obra de Fernández Flórez un carácter estrictamente personal e intransferible.

La dolorosa vivisección de la sociedad española que encontramos a lo largo de su obra le sitúa en la estela de esa sensibilidad crítica que va desde el regeneracionismo de Joaquín Costa hasta el intelectualismo progresista de José Ortega y Gasset, pero su *weltanschauung* es mucho más limitada, carente del bagaje intelectual y la clara identificación con los valores y ambiciones de la gran burguesía a la que estos pensadores pertenecen. De ahí que, si bien coincide en sus denuncias con el autor de *Oligarquía y caciquismo* – y sus distintos seguidores en lo literario, como Manuel Ciges Aparicio, Ciro Bayo, José López Pinillos y Eugenio Noel, entre otros –, Fernández Flórez no participa del optimismo de los intelectuales del '14 en su apuesta por la regeneración de España, como ocurre con Ramón Pérez de Ayala, Gabriel Miró, Felipe Trigo o Manuel Azaña, por ejemplo.

De igual manera, aunque en el fondo de cada una de sus obras late un abigarrado conservadurismo pueblerino, mal avenido y peor disimulado por una profesión de fe intelectual y urbana, no hay en la obra de Fernández Flórez una clara proyección ideológica – entendida ésta como materialización literaria. Como sugiere C. González Ruano, nuestro escritor “no habla mal de nadie ni tampoco bien. No se compromete en nada”.²³ Pero hay que entender esta actitud. Los intelectuales del '14, desafectos y escarmentados por las limitaciones y fracasos socio-históricos de la Restauración, veían en la falta de ideas madres la necesidad de una elite redentora, un cirujano de hierro que condujese a España hacia el futuro. Pero se referían a una España y a un futuro en el que el proletariado y la pequeña burguesía – clase a la que pertenece Fernández Flórez – no desempeñarían un papel relevante. Por eso no se identifica nuestro autor con el republicanismo capitalista de Ortega; y de ahí, también, que sus simpatías reformistas (“moderantistas”) se diluyan en una amargura nihilista, que da paso a ese “agnosticismo social” disfrazado de humorismo con el que Fernández Flórez tira la piedra y esconde la mano en sus críticas al *establishment* religioso, económico, político y militar

Esta displicencia o radical insatisfacción personal que subyace toda su producción literaria en la forma de un radical pesimismo crítico, más proclive a la destrucción que a la construcción de una nueva realidad política – y que ha servido para que algunos estudiosos, como Fernando Díaz Plaja, le califiquen de “conservador subversivo”²⁴ –, oculta en realidad un posicionamiento ideológico de talante pre-fascista, típico de muchos escritores a los que, como es el caso de Fernández Flórez, sólo se les reconoce retrospectivamente, en el espejo de los hechos consumados. Así, a pesar de que, en su afán por no dejar títere con cabeza, arremetiera por igual contra la izquierda que contra la derecha – eso sí, sólo hasta 1931 – toda su producción literaria está imbuida de una sensibilidad, valores y actitudes que, con el pasar del tiempo, se convertirían en los principales *slogans* del fascismo: la decadencia y caducidad de los presupuestos sociales y morales, la denigración de los partidos y la política parlamentaria, la falta de convicciones que conduce a un vacío ideológico y que propicia la intervención de un jefe o cirujano de hierro (¡ejército al poder!), la misma esquizofrenia populista, mezcla de alabanza y recelo del pueblo, etc. Pero tampoco en esto fue Fernández Flórez diferente a muchos de sus coetáneos que, si no se identificaron siempre con la ideología de unas siglas políticas, lo hicieron más en aras y loor de una independencia a ultranza que por falta de afinidades – de ahí que a partir de 1945 muy pocos

²³ González Ruano, C. *Op. cit.*, 140.

²⁴ Díaz Plaja, Fernando. *Wenceslao Fernández Flórez: el conservador subversivo*. La Coruña: Fundación Pedro Barrié de la Maza, 1997.

admitieron haber sido fascistas, de la misma manera que a partir de 1975 parecía que en España jamás hubiera habido franquistas.

De ahí que, en 1964, en pleno inmovilismo desarrollista, Fernández Flórez aún insistiese en querer justificar su heterodoxia política, haciéndose eco del desdén que el Régimen sentía por los partidos políticos, para ridiculizar las luchas entre liberales y conservadores:

A veces triunfaban ellos y a veces nosotros. Considerada desde la lejanía de los años la pugna memorable y rabiosa, creo poder afirmar que remedábamos la conducta de aquellos pueblos que se desangraron en una lucha enconada por si cierto árbol era un olivo o un aceituno. En el fondo, aquellos dos generales de la Armada – si bien uno era liberal y el otro conservador – eran exactamente iguales.²⁵

La *excusatio non petita* que subyace estas observaciones es ciertamente reveladora de la incomodidad que Fernández Flórez siente en plena dictadura con algunos aspectos de sus críticas a la ley, la moral y el decoro, lo que es ya indicativo de una decantación política claramente conservadora. Pero en aquellos convulsos y confusos años que van desde las elecciones generales de diputados a Cortes en 1905 a la actuación de las Juntas de Defensa Militares y la Asamblea de Parlamentarios de 1917, las cosas eran muy distintas y la ambigüedad, amparada en la ironía y el humor, constituía un eficazísimo salvoconducto ante la censura.

Así, aunque siempre se sintió más cómodo en la compañía de las derechas que en la de las izquierdas, y a pesar de lamentables lapsos panfletarios durante e inmediatamente después de la guerra civil, Fernández Flórez nunca se caso con nadie; y es que, como diría Groucho Marx, nuestro autor jamás entraría en un club que le aceptase como miembro. De ahí que, aunque su nombre y prestigio fue instrumentado por el franquismo para disimular el desierto páramo literario de la inmediata posguerra, su condición de intelectual y el recuerdo de algunos pecadillos personales y literarios – como la relajación de la moral católico-burguesa de algunos personajes de sus novelas, su apología del divorcio o su posicionamiento a favor del aborto, un tenue si bien incierto feminismo y un declarado antimilitarismo –, le convirtieron en un no siempre cómodo huésped del nacional-catolicismo hasta su muerte.

Y, con mayor motivo, tampoco fue su obra reclamada por la izquierda democrática ni antes ni después de 1975. De ahí la ubicación actual del escritor y su obra en esa “tierra de nadie” de la que nos habla Santos Sanz Villanueva, y que es, según el estudioso y desde el punto de vista de la repercusión en las historias de la literatura, la mayor calamidad que puede sucederle a un escritor.²⁶ Y buen ejemplo de este desarraigo y soltería ideológica es su última novela de envergadura, *El bosque animado*, en la que, sin menoscabo de otros valores narrativos, el autor busca y encuentra en la fábula de un espacio-tiempo imaginario, alejado del mundanal ruido, esa barriga del buey donde no llueve ni nieva, que es la naturaleza idealizada (infantilizada y falseada), que culmina un largo y doloroso proceso de evasión político-literaria. De todos modos, si es cierto que el tiempo pone a cada uno en su sitio, cabe esperar que algún día una nueva crítica, menos sumisa ante las sentencias de la magistratura canónica, vuelva sobre la obra de Wenceslao Fernández Flórez, aunque sólo sea para situarle en prelación al final de una lista de grandes escritores españoles (incluso europeos) del pasado siglo. Desde la lectura de sus obras y desde nuestra humilde opinión, sin duda se lo merece.

²⁵ Fernández Flórez, Wenceslao. Obras Completas. Madrid: Aguilar, 1964; página 208.

²⁶ Sanz Villanueva, Santos. “Fernández Flórez y la novelística coetánea”, en *Wenceslao Fernández Flórez (1885-1985)*, edición de César Antonio Molina. La Coruña: Ayuntamiento de La Coruña, 1985; 21.

Copyright